

Todo marchó bien hasta el día en que fué notorio que la bella tenía un amante de corazón. Un amante de corazón que ella imponía en todas partes, hasta en las cenas á las cuales iba á cuestas. En la alta galantería, no indigna ver que una mujer corre de mano en mano, como una letra á la orden, que se hace cada vez mejor á fuerza de firmas; pero no se permite á una mujer que descienda. O se es de su mundo ó no se es. Lucía se vió muy pronto desprestigiada, gracias á aquel Carlos Abelle que á todas partes la seguía. En vano se ponía él talones para ser alto, en vano tomaba luego aires humildes é impertinentes: no podía entrar en la familiaridad de aquellos señores. Y se vengaba en Lucía, que, por desquitarse, vengábase en ellos, hasta que un día decidieron algunas de aquellas damas no recibir á la comedianta mientras fuera con su amigo, y no ir á su casa si había de estar él allí.

Esta decisión, que en breve se hizo oficial, fué la ruina de Lucía, porque ésta no quiso romper con Carlos Abelle para reconquistar sus amistades.

El príncipe, que era buen príncipe, siguió viéndola, pero cada vez se fué ella viendo más sola. Le hizo algunos cargos, representándola que no tenía con qué pagarse un amante de corazón.

—Bien sé, mi querido príncipe,—le dijo ella,—que no me ha dado usted bastante dinero para eso; así es, que no tengo un amante de corazón, sino un amigo que toca y canta conmigo, que me acompaña al piano cuando canto en el gran mundo...

—La verdad es,—interrumpió el príncipe,—que no la acompaña á usted sólo al piano; dijérase que ha perdido usted su sombra y que él la busca siguiéndola á usted; pero, en fin, no tengo derecho para reprenderla. He querido dar á usted un primer aviso. Si ese Carlos

Abelle no es su amante, ¿por qué le permite usted que esté en su casa cuando está en casa de usted? Si es su amante, peor para usted. Pero ni una palabra más, porque diría usted que estoy celoso; y tengo demasiado buen sentido para eso.

—¡Bueno!—exclamó Lucía impaciente.—Diré al señor Abelle que no venga sino á la hora de las lecciones.

—Muy bien—dijo el príncipe, recogiendo su sombrero.—Mas cuide usted de no estudiar todo el día.

Cuando Lucía se quedó sola, hizo un rápido examen de conciencia.

—Es verdad,—pensó.—Lo que el príncipe ha dicho todos me lo dicen. Carlos me perderá. Pero ¡chito!—añadió,—le amo.

VI

Un duelo á primera sangre

Carlos no esperó mucho tiempo la ocasión de vengarse, porque, hallándose muellemente reclinado en las rodillas de Lucía, el lacayo anunció al príncipe Metjcoski.

—¡Pronto, vete!—díjole ella.

—¡No!—respondió él.

Este *no* fué dicho con un acento de voluntad que inquietó á Lucía.

Los dos se habían levantado. Ella lo cogió nuevamente por el brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—¡No!—repitió él, echando raíces en la alfombra.

—Piensa en lo que el príncipe me ha dado, en lo

que me puede dar. Te lo suplico, lobo mío, vete... ó siéntate al piano.

—¡Al piano!

Se representaría mal la expresión con que Abelle dijo estas dos palabras.

Mientras tanto, la puerta se abrió.

—Querido príncipe,—dijo Lucía,—no he salido á su encuentro de usted porque estudiaba con mi acompañante.

El príncipe pasó con altivez por delante de Abelle, siempre arraigado.

—Lucía llama á eso estudiar,—dijo el amante con ironía.

El príncipe no daba crédito á su oído. Indignábale á medias que un pianista se atreviese á llamar á su diosa por su nombre de pila.

La comedianta intentó aligerar el efecto producido por las palabras de Carlos.

—Tiene razón,—dijo;—no estoy del todo dispuesta hoy. He exasperado al piano y al pianista.

Dió un paso hacia su amante... el de corazón.

—Adiós, querido amigo; no me quiera usted mal. Y vuelva luego.

Pero Abelle seguía inmóvil.

—No, señora,—dijo en voz alta;—no volveré.

—¿Y qué importa?—exclamó el príncipe, ya impaciente.—Sin usted podremos pasar, señor pianista. Supongo que en París no faltará otro acompañante.

—Sí, señor,—dijo Carlos estallando;—hay otro acompañante y aun otro más para servirme de padrinos á fin de que yo castigue su impertinencia de usted.

Y como el príncipe lo mirase con alguna sorpresa,

—Toco el piano, pero también toco la espada,—añadió,

—Está loco,—dijo Lucía al príncipe.—No le haga usted caso.

—No estoy loco; la señora es quien pierde el juicio. ¿Quedamos, pues, señor mío, en que nos batiremos?

—Vamos, querido, considere usted que yo no soy un Don Quijote, que yo no puedo batirme á piano. Vaya usted á tocar con sus iguales.

Carlos Abelle avanzó hacia el príncipe.

—¡Ah! ¡No quiere usted tomarme en serio! ¡Pues bien, caballero: le mando á usted que salga de aquí, porque aquí estoy yo en mi casa!

—¡En su casa! ¿Es usted quien pagó este hotel? ¿La señora se halla en casa ajena?

El des Grieux quedó algo desconcertado. Pero no se calló.

—Lucía está en su casa como yo estoy en la mía, puesto que es mi querida y yo soy su amante.

El príncipe cogió el sombrero, que había dejado encima del piano.

—¡No lo crea usted!—dijo Lucía locamente.

El príncipe se alejó en silencio, sin volver la cabeza.

—Nos batiremos, ¿no es verdad?—dijo Abelle.

Y con un cinismo que sólo Juvenal habría podido pintar,

—No puede usted negarse á cruzar una espada conmigo,—añadió,—puesto que hemos servido en el mismo regimiento.

Lucía había llamado. Entró un lacayo.

—Acompañe usted al señor,—dijo, mostrando á Carlos.

El lacayo no comprendió bien, y salió detrás del príncipe, que acababa de traspasar el dintel de la puerta.

Cuando Lucía y su amante estuvieron solos, mirá-

ronse cual dos fieras que van á obedecer á su cólera.

No dijeron palabra, porque no encontraban una bastante enérgica para la situación.

Lucía fué la primera en abalanzarse, semejante á una pantera.

—¡Bueno!—exclamó.—¡Ahora, es menester que yo te ponga á la puerta!

Quiso arrastrar á Carlos. Le hincó las uñas. Él, más cruel, cõtenía su furor para mejor asegurar su venganza. Pero como al primer golpe Lucía le había hecho retroceder tres pasos, asíóla por los brazos y la arrojó á sus pies.

Ella se levantó completamente despeinada y se enroscó en él como una serpiente.

El lacayo había vuelto, creyendo que le llamaban; comprendió y cerró prudentemente la puerta, sin mostrarse.

Carlos Abelle quiso apartar de sí los brazos de Lucía. Mas, como ésta pegábale en las piernas con el talón de sus botinas, la magulló con sus manos como con tenazas de hierro.

¡Aquello fué horrible! Si aquí no quisiera mostrar las abominaciones de esos amores que son la vergüenza del amor, prescindiría de cuadros tan repulsivos. Pero es menester que se sepa á qué infiernos van á caer esas condenadas de la pasión que nunca irán á calmar su sed en las fuentes vivas.

Cuando Abelle intentó volver á echar á la joven á sus pies, cayó con ella. Rodaron juntos por la alfombra, echando rabiosa espuma, queriendo matarse, y encontrando aún en sí lavas de desprecio.

Por fin se levantaron.

—¡Ah!—dijo Lucía.—¡Lo que es ahora sí que ha acabado esto!

Carlos Abelle habíase acercado á la chimenea para ver en el espejo si estaba demasiado averiado. Tenía la camisa despedazada y un araño en la mejilla; en sus cabellos reinaba el mayor desorden. Retorcióse el bigote como pidiéndose un consejo. De repente alzó la mano para llamar.

—Espere usted un poco,—dijo Lucía.—Permitame que me arregle.

Su traje blanco estaba todo arrugado; lo alisaba con las manos.

—¿Por qué quiere usted llamar?

—Deseo que se me traiga aquí mi abrigo.

—Lo encontrará usted en la antesala.

—Quiero salir de aquí, señora mía, con todos los miramientos que me son debidos.

—Sí, todos los miramientos debidos á un... pianista.

No era ésta la palabra que iba á decir. La prueba es que Carlos Abelle estuvo á punto de encolerizarse nuevamente.

Y llamó, arrancando el cordón de la campanilla.

Lucía se sentó presurosa al piano, creyendo que sus criados ignoraban que se había pegado con su amante.

Dieron su abrigo á Abelle.

—¡Adiós, señora!—dijo éste cuando el lacayo estuvo fuera.—Que todas las vergüenzas que he bebido en esta casa caigan sobre usted.

—¡Váyase usted, caballero, váyase usted! Otras beberá.

Lucía cubrió esta respuesta con un aire de Offembach.

—Yo también,—dijo,—acompañó la canción.

Abelle había cogido el pestillo de la puerta. Podíase juzgar que aquello era ya demasiado, que aquellas dos

naturalezas pervertidas no podían mirarse ya sin rabia, que nunca el amor las confundiría en el mismo abrazo.

¿Cómo fué que, una hora después, Lucía anunciaba á su mayordomo que «el señor Carlos Abelle» comería en casa?

El señor Carlos Abelle no comía cualquier cosa; le gustaban los buenos manjares, las trufas y las confituras; necesitaba que el vino de champaña fuera bien espumoso; conservábase sólo para él el vino de Constancia, á fin de que tuviera mucha. Tal era la frase de la servidumbre.

Abelle había vivido por la ley misma de estas pasiones abominables, que sacan su fuerza de su ignominia.

La comida fué encantadora. Lucía besaba sin vergüenza, delante de sus criados, la mejilla que arañara.

—¡Esto es vivir!—decía.

Y añadía, con la sonrisa del perdón:

—Pero me has hecho muchos cardenales.

—A todo esto,—murmuró melancólicamente Abelle, —yo con un duelo entre manos.

—¡Qué dices!—exclamó Lucía, oprimiendo contra su pecho la cabeza de su amante, como para defenderle de la espada del príncipe.—Si él se hubiera quedado, santo y bueno. Cuando le vuelva á ver, le diré que ese duelo ha tenido lugar entre nosotros.

—Sí, á primera sangre.

Llegaban entonces al vino de Constancia.

—Ya sabes,—dijo Lucía,—que esta noche trabajo. Voy á encerrarte en la alcoba con libros, periódicos y esta linda botella que tan buen aspecto tiene.

—Bueno,—dijo Carlos, mirando lo que quedaba en la botella;—mas no olvides los cigarros.

—No, lobo mío. Sabes, por otra parte, que tú eres aquí el dueño.

Cuando Abelle se encontró solo en la alcoba de Lucía, se acordó de estas palabras.

—Sí, soy el amo,—dijo;—no lo olvidaré.

Y con una sonrisa,

—Como en la guerra: es menester dar la batalla y tomar la plaza por asalto.

Al siguiente día por la mañana, Lucía dijo á su amante que nunca había sido tan dichosa.

—Serás aún más feliz cuando yo haya pisoteado á todos tus príncipes como al de ayer.

—Me dejarás uno,—replicó ella.—Pero no vendrá aquí sino los días de lluvia.

—Sí, con tal que sea buen chico,—añadió cínicamente Abelle.

VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HATES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

Deudas de juego y deudas de corazón

Pasó algún tiempo. Decíase que Lucía se retiraba del mundo porque estaba enamorada como una loba del que llamaba ella su lobo.

Carlos Abelle era su mal genio. La aconsejó que no renovara su contrata en el Ateneo. Tenía allí un sueldo escaso; pero una cantante sin teatro es una estatua sin pedestal.

Se juzgó que Lucía no volvería á cantar. Siempre había tenido más voz que método; nunca había sido tomada en serio. La cortesana servía á la cantante como la cantante servía á la cortesana. Cuando la cantante